



Comentarios al "Pueblo Español" de Montjuich

Oriol Bohigas, arquitecto

HISTORIA

No hace falta presentar aquí al "Pueblo Español" de Montjuich. Los lectores le conocen quizá por la coincidencia de tantas reproducciones de nuestra arquitectura popular, quizá sólo por el prestigio turístico adquirido desde los días de la Exposición Universal de 1929.

Se ha discutido muchas veces quién fué el autor de la idea de reunir en un pueblo artificial varios tipos de arquitectura popular española y siempre se ha acabado concluyendo que fué, como tantas cosas

de la Exposición, una idea colectiva nacida de varias sugerencias sucesivas, creciendo un poco con la misma marcha de las obras. El plan inicial consistía en la reproducción de varios edificios monumentales ("La España Típica y Monumental") como en una fría exposición arqueológica. Muy pronto la idea fué evolucionando hacia una organización más modesta, pero con un sentido más vivo, es decir, más cerca del tejido de un pueblo auténtico en el que, además, se pudiera organizar una exposición de nuestra artesanía y nuestros oficios tradicionales. Su dirección fué encomendada a un equipo muy complejo: los arquitectos Ramón



Reventós y Francisco Folguera, el pintor Xavier Nogué y el crítico de arte Miguel Utrillo.

Reventós y Folguera pertenecían entonces a una joven vanguardia, nacida en parte bajo el calor de la Escola d'Art de Galí, en la que, sobre un fondo de música de Bach, entre lecturas apasionadas de Virgilio, se luchaba por un retorno al mediterraneo de la arquitectura de Brunelleschi y se intentaba una nueva modernidad en lo normativo y en lo antirromántico. Son dos arquitectos de una extraordinaria sensibilidad que casi con el mismo estado de ánimo podían trabajar en temas tan distantes como las torres italia-

El Plano del "Pueblo Español" es la clave para comprenderlo, pues en él está lo fundamental, aunque quizá no haya sido lo primero en orden a su aparición en el proyecto de sus autores. Lo primero debió de ser la idea de reunir, de modo coherente, diversos trozos de arquitectura española, y ello determinaría la conveniencia de montar un sistema de calles y plazas que fuesen ámbitos independientes, en cada uno de los cuales pudieran reunirse sin violencia arquitecturas semejantes entre sí. La articulación de todos los elementos—calles, plazas y edificios—llevaría quizá a revelar a sus ilustres creadores la sorprendente realidad de un parentesco, antes insospechable, entre todas las arquitecturas tan sabiamente elegidas. Es un parentesco de escala, de técnica (más bien de concepto de la técnica, concepto válido tanto para la madera, como para la cal, o la piedra, o el hierro) y de adecuación al clima. En conclusión, se vería que aquellos ámbitos no tenían por qué ser tan independientes, y que la articulación buscada podía ser tan orgánica como la de un verdadero Pueblo, sin ningún recuerdo del sistema de los Museos con salas independientes para las diferentes Escuelas. Se llegaría así a este arquetipo de Pueblo Español, cuya atracción se ejerce ahora más que cuando se hizo en 1929. Las gentes van a él huyendo de nuestras urbanizaciones deshumanizadas y desangeladas. Aquí se encuentra la escala del hombre-persona, no del hombre-masa. Los distintos ámbitos le acogen, pero no le encierran, porque todos ellos tienen sus escapes a otros ámbitos y otras perspectivas. Estas perspectivas son siempre limitadas, porque las calles se curvan para evitar las vistas desmesuradas. Mucho podría aprenderse analizándolo con cuidado. Su sistema, que es su atractivo, es todavía, gracias a Dios, el de muchos pueblos de España y de fuera de España. A escala más menuda aún, está en Capri, y a escala grande, pero no inhumana, está en la Roma del Renacimiento. Puesto en geometría, hecho "académico" sin perder su atractivo, es Bolonia. Tal es este organismo que, después de estudiarlo su plano, resulta ya de un valor secundario la arquitectura de las fachadas. Podrían ser éstas de cualquier otro estilo y técnica, incluso del estilo y técnica más agresivamente modernos, y probablemente conservaría su encanto.



El arquitecto Francisco Folguera, fotografiado en su paisaje de S'Agaró, pocos años antes de morir.

nizantes de la plaza de España o las casas de cristal de la calle de Lérida (Reventós), la casa de Sant Jordi, en la calle de Caspe, o las brunelleschianas loggias de S'Agaró (Folguera).

Xavier Nogués ha sido uno de los pintores y dibujantes más sensibles que ha tenido el Noucentisme catalán, aunque hoy inexplicablemente olvidado. Las pinturas del despacho de la Alcaldía, los famosos aguafuertes, la serie de sus "50 Ninots" o la *Catalunya Pintoresca* acreditan a la vez el muralista más elegante del momento y el caricaturista más inteligentemente mordaz. De Utrillo no hace falta decir más que fué el hombre del Sitges modernista, el creador de "Maricel" —una especie de primer "Pueblo Español", construido con elementos bastante auténticos—, el compañero inseparable de Rusiñol, el alma de Els Quatre Gats, la pluma fundamental de Pel i Ploma.

Parece ser que el primer proyecto y la primera maqueta se hicieron a base de una inicial documenta-

ción fotográfica, la que provenía del Servicio Iconográfico de la España Monumental de la Diputación de Barcelona. A partir de ello, y después de un viaje de ese complejo equipo por las distintas regiones de España, se ultimó un plan más concreto, que fué puliéndose y mejorándose sobre la marcha. La obra se basaba en tres preocupaciones fundamentales: la interpretación más que la reproducción de modelos concretos, el tránsito insensible de una a otra área geográfica y la obtención de un plan completo y orgánico de un pueblo con unidad de conjunto. Hay que reconocer que en los tres aspectos el resultado fué extremadamente feliz y los logros absolutos.

Debemos subrayar, sobre todo, ese intento de interpretar y adaptar, más que reproducir exactamente. Ese planteo tan peligroso, que podía haber caído en una simple "españolada", fué enfocado con una sensibilidad excepcional. El pequeño Ayuntamiento de Valderrobes (Teruel) se amplió hasta lograr el gran edi-



Xavier Nogué, Miguel Utrillo y Ramón Raventós cuando preparaban el primer material para el "Pueblo Español".

ficio presidencial de la plaza, pero además se le añadió la escalera del convento de Orihuela (Alicante) y en el salón se colocó el famoso techo artesonado de la Audiencia de Valencia. Esta misma plaza, aparentemente tan unitaria, con una planta inspirada en la de Riaza, está constituida con elementos fraccionadamente reproducidos de Sangüesa, de Burgo de Osma, de Aranda de Duero, de Alquézar, de Santillana del Mar, de Navalcarnero, de la Fresnada, de Jérica, de Montblanc. Una muy libre interpretación de la iglesia de Alcañiz remata la reproducción a pequeño tamaño de las escalinatas de Santiago de Compostela. El Monasterio románico reúne, sobre la planta de Sant Esteve de Vallmajor, la fachada de Sta. María de Porqueres y el claustro de Sant Benet de Bages.

Todo el "Pueblo" se construyó con piezas y aplacados de piedra artificial coloreada de acuerdo con los materiales originales. Estructuras y fachadas se hicieron con un carácter de absoluta provisionalidad para ser derribadas una vez terminado el certamen. El entusiasmo admirativo fué tan grande que se decidió conservarlo durante algún tiempo. Hoy todavía perdura con una indudable y firme dignidad.

El pasado año entraron en el "Pueblo Español" más de medio millón de visitantes.

LA VALORACION SUCESIVA

Este curiosísimo conjunto arquitectónico tuvo ya en los años de la Exposición Universal un éxito extraordinario. El éxito fué especialmente turístico, llevado por los festejos populares de la plaza Mayor, por las espectaculares reencarnaciones del paisaje urbano es-

pañol y por las flamenquerías nocturnas del Patio del Farolillo. Pero también tuvo un éxito importante entre círculos de cierto ambiente intelectual y hasta entre los que en aquel momento ejercían con mayor solvencia la crítica de arte. Así, por ejemplo, recordamos que en el bello número de *D'ací i d'allà*, Just Cabot, Domingo Carles y Carlos Soldevila pedían admirativamente la conservación del "Pueblo" e incluso Marius Gifreda, en sus años de crítico de arquitectura, le reconocía como una "admirable troballa".

No obstante, muy pronto el "Pueblo Español" cayó dentro de la general desconsideración a la que fué duramente sometida la arquitectura toda de la Exposición de Montjuich. Los pocos espíritus selectos que apreciaron la gran maravilla del pabellón alemán de Mies fueron, naturalmente, los primeros en iniciar una campaña contra el extraño arqueologismo de nuestra arquitectura, abocada a temas y a formas sin sentido auténtico, perdido el contacto con todo el vanguardismo europeo que entonces empezaba a florecer con las mejores obras racionalistas. No hace falta decir que la campaña tenía una gran justificación que hizo un gran bien al país y que fué uno de tantos peones que sirvieron para que en Cataluña apareciera muy pronto un grupo extraordinario de arquitectos y un conjunto corto pero intensísimo de obras entre la mejor arquitectura europea. Pero, pasada la polémica, en tantos aspectos beneficiosa, quizá debamos reconocer una cierta injusticia en el olvido de esfuerzos que hoy todavía nos parecen válidos: el *Modernisme*, tardío pero opulento, pletórico de valores arquitectónicos de la fuente de J. M. Jujol en la plaza de España, hoy

tan mutilada; las extrañas y sugestivas estilizaciones en ladrillo de la misma plaza de N. M.^a Rubió Tudurí; el Pabellón de Barcelona que iniciaba el fecundo nordicismo de Goday; incluso ese Palacio Nacional tan maltrecho por la crítica "avanzada" en el que hay que reconocer un enorme empuje creador cuando se le desnuda de tanto ornamento y lo imaginamos limpio y seco, como la más tumultuosa concatenación de espacios monumentales de la arquitectura catalana moderna.

El "Pueblo", naturalmente, sufrió por esa general desvalorización, aunque siguió manteniendo un cierto favor turístico bastante local. En realidad, dejó de ser un tema de consideración arquitectónica o urbanística y pasó a ser juzgado como un puro objeto turístico igual como lo sería un tío-vivo o unas montañas rusas. Lo único que se mantuvo fué una firme admiración hacia sus autores por haber salido tan airosos de aquel juego divertido. La idea de crear un "Pueblo Español" en una Exposición Universal no es, en realidad, ni demasiado original ni demasiado buena. Vista en abstracto, esa de hacer un conglomerado tan artificial y escenográfico, es una idea bastante descabellada y extraordinariamente peligrosa, porque podía dar—y en otros países lo dió—un resultado cursi o desangelado. Si aquí dió un conjunto agradable y armónico fué debido exclusivamente a que se encargó a tres personas de una extraordinaria sensibilidad que hicieron

con el tema un portentoso juego de manos. Hasta hoy, pues, los criterios más sensatos sobre el "Pueblo" estaban en la línea del que expresaba un compañero nuestro no hace mucho tiempo: "He aquí una idea irremediamente trivial expresada milagrosamente con una sensibilidad tan aguda que ha logrado un conjunto correcto, agradable, pero que permanece esencialmente en su irremediable trivialidad escenográfica y turística."

URBANISMO Y MAQUINISMO

Pero durante estos últimos años nos hemos visto obligados a revisar muchos conceptos. Los planteos teóricos de los años 30 han dado sus frutos y hoy no hace falta debatirnos entre programas, como entonces, sino precisamente entre realidades muy concretas. Cuando los nuevos credos urbanísticos eran lanzados a la avanzada no se podía hablar seriamente del "Pueblo Español" como un tema urbanístico, siquiera a discutir. En el momento a que se inventaban el *zoning* o las ciudades verdes verticales, cuando se planteaban los tremendos esquemas circulatorios y se sentaban los principios de la "Ciudad funcional", el "Pueblo" no podía considerarse más que como un tío-vivo para el turismo, tan bien adornado como queráis por cuatro artistas sensibles, pero sólo y escuetamente como un tío-vivo.

Ahora los puntos de vista han cambiado bastante.

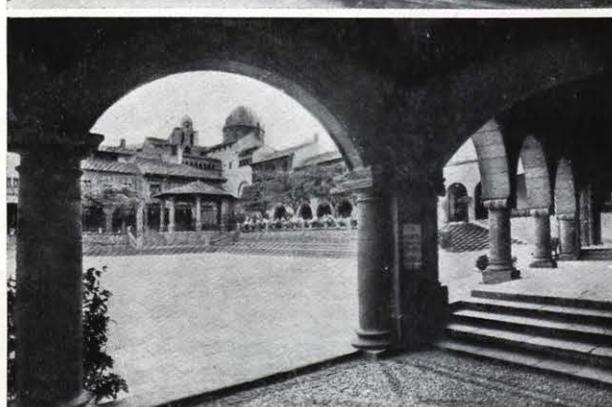


No sólo tenemos realidades donde agarrarnos, sino realidades donde sufrir. La crisis actual del urbanismo es un hecho incuestionable desde que en Londres o en Madrid, en Banyuls o en Barcelona, en Brasilia o en Harlow hemos podido comprobar la extraña degeneración que han sufrido las valientes ideas de los pioneros del año 30. Ahora hemos comprobado que casi todas las realidades urbanísticas de que disponemos—a pesar de haber librado una lucha terrible por la higienización, por la racionalización—no nos sirven exactamente para vivir. Que la realización de tan bellos programas urbanísticos ha aportado elementos para un elevado *standard* material de vida, pero ha restado a nuestros barrios su antigua y tradicional "habitabilidad". Que la tesis funcionalista debía recibir aún el sedante de una tradición bien interpretada.

Por esta razón es ahora muy interesante volver a hacer una visita detenida—con aire comprensivo y seleccionador—al "Pueblo Español". Y ahora, por primera vez, estamos en condiciones de encontrar en él y juzgar seriamente unos temas urbanísticos y arquitectónicos que hasta ahora habíamos tenido confundidos con el simple adorno del alegre y turístico tío-vivo. Por primera vez, pues, el "Pueblo" puede afrontar una crítica arquitectónica y urbanística.

Una primera consideración es fundamental: el ambiente urbano del "Pueblo" lo encontramos perfectamente, deliciosamente "habitable", tanto como encontramos escandalosamente "inhabitables" tantos y tantos conjuntos del nuevo urbanismo. Digamos en seguida que ésta no es una característica exclusiva del "Pueblo Español", sino que es precisamente aquello que Folguera, Reventós, Nogués y Utrillo supieron captar de tantos pueblos antiguos de España y reproducir maravillosamente en Montjuich. No hace mucho, en una de las reuniones de los P.P.C.C. vivimos esta plena sensación de "habitabilidad psicológica" en la memorable visita a Lesaca y la vivimos, naturalmente, con mucha mayor intensidad que en su reproducción barcelonesa.

¿En qué consiste esa calidad excepcional que vemos en tantos conjuntos antiguos, sobre todo populares, y que hallamos perfectamente retratada en el "Pueblo Español"? Los comentarios que se hubieran podido recoger de todos los arquitectos que visitamos Lesaca eran, más o menos, de este orden y según este temario: la constante variación de la arquitectura con una superior unidad de materiales y estructuras impuesta por la geografía; la ausencia de fábricas y concentraciones proletarias; el pintoresco trazado de calles adaptado a un paisaje todavía no manchado por los grandes torrentes circulatorios; las soluciones ingenuas pero valientes en el tratamiento de los espacios urbanos; la justa escala del pueblo, adaptada a un ritmo



perfecto de vida campesina, etc., etc. No es casualidad que todos esos comentarios se refiriesen a temas hoy prácticamente imposibles. Porque, en efecto, ante el problema de un poblado actual no podemos divertirnos en las caprichosas y hasta escenográficas variaciones arquitectónicas cuando nos obligan las exigencias económicas de una tipificación; porque las fábricas y las masas proletarias son precisamente el origen y la razón de esos poblados; porque las calles han de recibir un alud de vehículos como no ha habido nunca en toda la historia de Lesaca; porque el ritmo natural de la vida ha sido roto por la sociedad industrializada; porque no podemos valernos de bellas soluciones ingenuas que el tiempo fué seleccionando y depurando y hay que acudir a unas concretísimas oficinas de arquitectos formados en aulas universitarias y no en la lenta artesanía popular que va traspasando generaciones.

Si intentásemos desmenuzar el tema encontraríamos todos aquéllos aspectos que definen precisamente un paso trascendental de la sociedad: el de la revolución industrial. Es decir, todo lo que hace de Lesaca un conjunto psicológicamente habitable es precisamente lo que le hace no pertenecer a nuestra civilización, lo que conserva aún de una sociedad desaparecida que había encontrado un ritmo y un equilibrio antes de irrumpir en el mundo el gran descalabro y la gran esperanza del maquinismo. Y, en cambio, lo que nos repugna de las realidades urbanísticas más recientes es todo aquello que esencialmente va ligado a nuestra sociedad industrializada. Lo cierto es que ese urbanismo no ha encontrado su correcta expresión porque la sociedad que le corresponde no ha entrado aún en su definitivo equilibrio.

A veces pensamos, no obstante, que ese ambiente desagradable y negativo que encontramos en tantos conjuntos urbanos recientes no sea más que un erróneo y desviado juicio nuestro. Tenemos una formación todavía tan romántica, tan ligada a una tradición aristocrática y pre-maquinista que nos resistimos a abandonar el culto hacia unos ambientes que estética y éticamente ya han pasado a la historia. De la misma manera que los arquitectos ochocentistas tardaron en comprender la poética de la revolución técnica del acero, por ejemplo, nosotros no hemos comprendido aún dónde se encuentran los nuevos valores del urbanismo en esa nueva era social. Sería curioso que lo que ahora nos parece tan desangelado o, mejor, tan deshumanizado, para las próximas generaciones fuera precisamente el signo de un nuevo sentido de comunidad, de socialización, de ruptura definitiva y extraordinariamente fecunda con el pasado aristocrático y burgués.

Con todo ello resulta que la primera visión del "Pueblo Español" es más bien negativa y que toda aquella

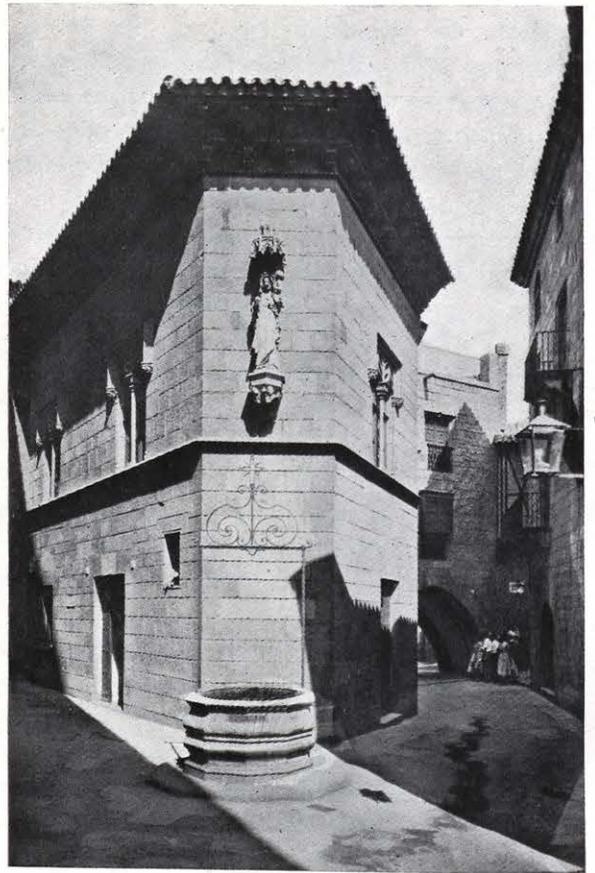
"habitabilidad psicológica" no es más que el resultado de una equívoca posición reaccionaria. En consecuencia, no va a ser posible propugnar, como una solución a la actual crisis del urbanismo, la creación en nuestros suburbios de un nuevo y vivo "Pueblo Español". No obstante, al lado de este criterio general hay que reconocer que el "Pueblo" tiene, además, unos valores formales—resumen de los valores de tantos pueblos auténticos de España—que podrían haber tenido una cierta continuidad y que, en cambio, han sido indebidamente olvidados y a menudo sacrificados por las nuevas ideas urbanísticas. Veamos ahora cuáles son esos valores que pueden integrarse con vida propia a nuestro urbanismo.

LA CALLE Y EL BLOQUE

He aquí un primer tema inútilmente sacrificado: la calle. No hay duda que uno de los secretos de la humanísima habitabilidad de la escenografía del "Pueblo Español" es el trazado de calles, es decir, el hacer recaer sobre la calle y las plazas todo el acento expresivo del conjunto urbano.

Desde que por los años 20 se lanzó la magnífica idea de los "inmuebles-villas", la ciudad verde vertical y la independencia de las líneas de tráfico rodado con los senderos de peatones han venido sucediéndose una serie de confusiones gravísimas. La realidad es que los recientes conjuntos teóricamente "modernos" no se apoyan sobre el concepto claro y contundente de aquella independencia. Es decir, ni los pasos de vehículos están trazados como carreteras ni los de peatones son senderos en un bosque natural. A base de mediatizarlo todo, el urbanismo de hoy está construyendo unos barrios en los que simplemente se copian las puras apariencias de aquellos conceptos y se hacen las pobres y escasísimas calles de siempre con unos tristes bloques mejor o peor repartidos cuya única novedad consiste en separarse—con una arbitrariedad insultante—de las alineaciones de las calles. En resumen, lo único que hemos hecho ha sido sustituir la estética tradicionalmente tan prestigiosa de la "calle-corredor" por la estética de los bloquecitos aislados.

Ante el "Pueblo Español" conviene entonces meditar sobre las posibilidades de la revitalización de la calle-corredor. Porque estamos convencidos que en el acertado tejido de calles se encuentra uno de sus más espectaculares éxitos y que, en cambio, en la ausencia de calles está uno de los aspectos del fracaso—formal y psicológico, por lo menos—del nuevo urbanismo. Debemos reconocer, no obstante, una contradicción de peso: las calles de nuestros pueblos y hasta de nuestras grandes ciudades fueron destinadas a un tráfico en género y cantidad muy distintos del que exigen los nuevos agrupamientos. Aun así, sería bueno recordar



la sagaz opinión de Smithson, según la cual los grandes torrentes circulatorios vienen a ser hoy el sustitutivo dinámico de los elementos que antiguamente originaron, centraron y presidieron las ciudades: un río, el mar, unas determinadas condiciones geográficas, etcétera. Y, por tanto, la circulación debería quedar íntimamente ligada al tejido urbano, salvados los problemas de orden material, generalmente más sencillos de lo que suele suponerse. Es decir, habría que pensar en una nueva integración de la pretendida dualidad vivienda-circulación.

Al tema de la calle como contraposición al de los bloques aislados se encuentran enlazados muchos otros temas de igual interés. Uno de ellos es el de la preeminencia de la plaza, por suerte últimamente ya bien introducido en los nuevos trazados. Otro es el de la manzana cerrada, tan abandonada, sin que nadie se haya molestado en analizar seriamente sus ventajas y sus inconvenientes y haya llevado a cabo una labor de depuración y adaptación a las necesidades de hoy. Otro—y éste nos parece muy importante—es el de los centros comerciales, que está inexplicablemente sin discutir. Los centros comerciales que parecen indispensables, bajo pecado mortal, en cualquier urbanización nueva, tuvieron su origen y mantienen su justificación en conjuntos extensivos de tipo ciudad-jardín; pero no

hemos comprendido nunca cómo se introdujeron en zonas de vivienda colectiva, con inmuebles masivos y a una cierta densidad. Sólo se explica por esas ganas incontenibles de borrar del tejido urbano moderno un elemento tan fundamental como la calle. La alineación de tiendas en los bajos de los inmuebles de viviendas será siempre la base de atracción humana de nuestras ciudades mediterráneas. Pero, además, es un elemento de movilidad ciudadana fundamental para que la vida tenga un mínimo de cauces espontáneos y pueda organizar y trasladar a voluntad sus centros de atracción. ¿Cómo hubiera sido posible, por ejemplo, en la Barcelona de los últimos cien años, ese lento y orgánico movimiento comercial que pasó de la calle de Fernando a las Ramblas, de las Ramblas al paseo de Gracia y que hoy se asoma insistentemente a la Diagonal, mientras una nueva derivación turística y popular desciende otra vez hacia las Ramblas y el puerto? ¿No es apasionante ver cómo un extraño mecanismo libre y vivo concentra las zapaterías en la calle Aribau y los almacenes de tejidos en la derecha del Ensanche? Debemos levantarnos en defensa de este concepto vivo de la ciudad contra establecimientos definitivos, incluso con la sospecha entre labios de que ese mundo nuestro va a ser pronto sustituido por la dictadura insobornable de las grandes cooperativas proletarias.

LA HIGIENE Y LA PSICOLOGIA

Otro dilema planteado por la interpretación excesivamente literal de la polémica que inició el movimiento moderno es el de las condiciones mínimas de vida en sus aspectos puramente físicos o en sus aspectos psicológicos. Queremos decir que, para superar el indigno hacinamiento en que se encontraba la primera sociedad maquinista, hubo que insistir mucho en los temas de soleamiento, aireación, espacios verdes, instalaciones, etc., y, en conjunto, todo aquello que tenía que constituir la base física de unas viviendas sanas. Ahora, a la vista de tantos bloques que se repiten insaciablemente en la misma orientación, con sus jardines fraccionados para responder a unas teóricas exigencias mínimas, y, por otro lado, a la vista de ese reconfortante "Pueblo Español", nos preguntamos si no hemos exagerado demasiado en los fríos temas de la higiene y hemos perdido otros valores más importantes. Hoy parece ya muy generalizada la tendencia a huir de esos planteos de orden puramente material e insistir sobre los valores psicológicos en las nuevas agrupaciones urbanas, pero creemos que la reacción se lleva aún con poca valentía, con miedo de hundir tópicos que hasta ayer nos parecieron imbatibles.

Muchos hemos vivido una experiencia que nos parece reveladora. Por las exigencias de la parcelación del Ensanche de Barcelona, a menudo hemos tenido que recurrir a proyectar inmuebles con cuatro viviendas por rellano, de los cuales casi indefectiblemente dos de ellas tienen vistas sobre una calle de 20 m. y las otras dos sobre el ancho, silencioso y generalmente armónico patio cuadrado de 40 m. de lado en el interior de la manzana. A veces, incluso, la orientación viene obligada de tal forma, que las viviendas del interior están además muy bien soleadas mientras las exteriores no. En el momento en que compradores o inquilinos tuvieron que escoger la vivienda, comprobamos que hubo incluso una ligera mayoría que prefirieron las viviendas con vistas a la calle a pesar de la falta de sol y de tener a 20 m. la barrera infranqueable de otra fachada. Es decir, indudablemente, la psicológica contribución al ajeteo ciudadano, la posibilidad de asomarse al ágora callejera, es en nuestras latitudes una consideración positiva, superior al prestigio de los ambientes íntimos y silenciosos, al sol, a la iluminación y a las vistas.

LA TECNOLOGIA Y LA ESTETICA

Hasta aquí podríamos decir que sólo hemos utilizado del "Pueblo Español" aquellas características o aquellos elementos que eran simples reproducciones o interpretaciones de lo que encontramos abundantemente en toda nuestra arquitectura popular. Pero hay algo que es como una aportación exclusiva de ese pintores-

co conglomerado de Montjuich y que puede sernos extraordinariamente aleccionador: queremos referirnos al hecho de que el "Pueblo Español" estuvo esencialmente planteado según una profunda, inteligente, refinada, preocupación estética. Recordemos que estuvo proyectado no sólo por dos arquitectos, sino por uno de los pintores más sensibles y depurados que ha tenido el país y por un hombre muy difícil de clasificar, pero que podríamos incluir en el amplio mundo de los críticos de arte y de los promotores artísticos.

Esto es una característica muy importante que deberíamos subrayar, porque estamos pasando un momento de universal desprestigio de la estética, perdidos en una devoción ingenua por la tecnología. No deberíamos olvidar que uno y otra son ya hoy dos posiciones puramente polémicas.

El arquitecto Carlos de Miguel se refería a este hecho en el Congreso de Londres—dedicado a este tema de la tecnología y en el que nadie se atrevió a hablar de estética—, precisamente en el interior del gracioso pabellón de Theo Crosby, cuando estábamos soportando unas goteras impresionantes que se escurrían por la cubierta de metal, concebida exclusivamente según unos claros motivos estéticos, pero disfrazada de unas absurdas razones tecnológicas que en aquel mismo momento se estaban desmintiendo.

He aquí, por tanto, una lección importantísima del "Pueblo Español". Porque estamos seguros que uno de los fundamentos del extraño, inexplicable acierto del conjunto es, puramente, un acierto estético, logrado, más que por la calidad personal de cada autor, por la eficacia de un equipo tan complejo, muy desligado de la rígida y a veces deformada orientación de un simple arquitecto.

UN HOMENAJE

Por todo ello quisiéramos sugerir un homenaje—un recuerdo simple siquiera—a esos cuatro hombres que lograron el "Pueblo Español". De los cuatro, Folguera, Nogués y Utrillo fallecieron. Reventós, espíritu selectísimo, fiel a una generación novecentista del mejor momento cultural de Cataluña, es un inagotable archivo de la historia y las vicisitudes del "Pueblo". Sería aleccionador que ese recuerdo arrancara de los arquitectos y los urbanistas más jóvenes del país. Y sería muy provechoso que todos recordásemos que uno de los secretos del éxito formal del "Pueblo" fué la activa participación de dos artistas aparentemente muy alejados de la mecánica y el oficio de la arquitectura. Hoy que empezamos ya—¡por fin!—a reclamar el auxilio de sociólogos, economistas, demógrafos..., es bueno recordar que tradicionalmente, y desde todos los tiempos, el urbanismo ha necesitado también la colaboración de los artistas.